

Artículos científicos

*¿Crisis civilizatoria? Reflexiones etnográficas sobre el mundo contemporáneo**

*Horacio Biorid Castillo***

Laboratorio de Etnohistoria y Oralidad
Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas
Centro de Antropología del Instituto Venezolano de
Investigaciones Científicas
Caracas, Venezuela.

Resumen

Cada vez más las noticias acerca de Europa y los llamados países occidentales muestran síntomas de un problema más amplio que estaría ocurriendo no solo en los niveles más profundos de esas sociedades, sino en su vida cotidiana. Mediante el empleo de un abordaje etnográfico, este trabajo constituye un ensayo sobre esa situación. Hace medio siglo, Umberto Eco sugirió la posibilidad de que Europa estuviera entrando a una nueva Edad Media, concebida como una hipótesis de transición entre dos períodos históricos. Basado en esa idea, el autor propone que, posiblemente, la situación actual de Europa pudiera ser parte de una crisis más amplia de la tradición y la civilización occidentales.

Palabras clave

Crisis social, Edad Media, Europa, Occidente, Civilización Occidental.

* Fecha de culminación: 03-10-2020. Fecha de envío a la revista: 03-10-2020. Fecha de aprobación por el arbitraje interno: 01-11-2020. Fecha de aprobación por el arbitraje externo: 15-01-21.

** Licenciado en Letras. Magister en Historia de las Américas. Doctor en Historia. Poeta, narrador y ensayista. Investigador, Laboratorio de Etnohistoria y Oralidad, Centro de Antropología, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello. Individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua y de la Academia de la Historia del Estado Miranda. E-mail: hbiorid@gmail.com

Abstract

More and more news about Europe and the so called Western countries show symptoms of a broader problem occurring not only in the deeper levels of those societies but also in their daily life. By using an ethnographic approach, this paper constitutes an essay about that situation. Half a century ago, Umberto Eco suggested the possibility that Europe was entering a new Middle Ages, conceived as a transitional hypothesis between two historical periods. Based on that idea, the author proposes that possibly the current situation in Europe could be part of a broader crisis of Western tradition and civilization.

Key words

Social crisis, Middle Ages, Europe, West, Western civilization.

1. Introducción

La crisis provocada por la pandemia el covid-19 ha contribuido a percibir con más nitidez rasgos que ya estaban presentes en el mundo contemporáneo. Algunas voces durante la crisis sanitaria han advertido que el mundo podría no ser el mismo después el covid-19. Habría que distinguir, sin embargo, entre la potencia y el acto. Pudiera no ser el mismo, pero es solo una conjetura. En un principio, sin subestimar los posibles efectos psicológicos y emotivos que ocurren más en un plano individual y cuya sumatoria pudiera generar tendencias en las etapas iniciales de la pospandemia, me incliné por pensar que seguiría siendo el mismo. En esa primera percepción no excluí la posibilidad de que, como consecuencias inmediatas, se pudieran producir descalabros socioeconómicos de diversas magnitudes que, a su vez, generaran cambios o, al menos, inestabilidades de tipo político.

A medida que la pandemia se ha ido contrayendo en algunas regiones y expandiéndose en otras, me he empezado a percatar de algo que ya venía observando tiempo atrás. Aparentemente están emergiendo y haciéndose más visibles, por toda la crisis global que enfrentamos,

tendencias y fenómenos que, de manera soterrada o no, de forma más visible algunos y otros menos patente, venían ya o bien gestándose o bien manifestándose en el mundo. En virtud de ello, sería no solo interesante, sino también pudiera resultar útil conjugar una perspectiva etnográfica con una mirada prospectiva para pensar lo que pudiera estar germinando para las próximas décadas. Tal vez, por ello se ha empezado a hablar de una “nueva normalidad”.

Quizá hayamos llegado a un punto de inflexión en la trayectoria cultural de lo que de una manera vaga, como trataré de mostrar luego, llamamos Occidente. Esa suposición sirve de motivación a esta reflexión. Dada la sincronicidad de los fenómenos, lo que pudiera interpretarse como historia inmediata, el punto de vista será más etnográfico que hermenéutico, aunque este no se excluya del análisis.

2. La medievalización como síntoma de crisis

Umberto Eco (1974) en su ensayo “La Edad Media ha comenzado ya” traza ciertos paralelismos entre la actualidad y la Edad Media. El ensayo fue escrito hace medio siglo (1972), cuando ya era posible atisbar el inicio de fenómenos ahora consolidados. Una precisión importante es la relativa a que no se trata de postular un regreso o involución a un largo y disímil, en sí mismo, período como la Edad Media, afectada su comprensión por varios factores. Entre ellos destacan lo que Eco llama la perspectiva “renacentista” para referirse a la Edad Media, la historiografía protestante e incluso antihispánica, y ahora más recientemente, posterior al análisis de Eco, una visión en parte romántica de la Edad Media, una especie de Edad Media ficticia que han consagrado la literatura (como la obra de J. R. R. Tolkien) y el cine (al estilo de *Juego de tronos*) al emplear explícitamente o sugerir escenarios medievales o pseudomedievales.

Eco propone, en realidad, entender la Edad Media como una época intermedia, muy larga si se quiere, entre la caída del Imperio

Romano de Occidente y un nuevo orden de cosas que surgió tras el Renacimiento, ese período de paso, a su vez, de la Edad Media a la Época Moderna. La idea central de la propuesta es “la hipótesis de la Edad Media” como transición. Durante esa transición ocurrieron diversos fenómenos relacionados, precisamente, con la caída del Imperio Romano, y lo que suponía un “mundo” controlado por un poder imperial o, utilizando un término anacrónico, un “mundo” unipolar.

Es importante señalar que ese “mundo” era en realidad una visión estrecha del mundo en su completitud, es decir, un mundo-región y no la economía-mundo o el sistema-mundo, para usar la noción de Wallerstein (1979) que vendría a ser un precedente de la Globalización. Ese mundo era, básicamente, Europa (sobre todo la Europa mediterránea y central) y el norte de África así como el cercano Oriente, es decir, el mundo heredado de la Antigüedad clásica, el de sus principales referentes.¹ De hecho, una de los fenómenos sociohistóricos que dan inicio al Renacimiento son las exploraciones geográficas.

Más allá de los viajes de Marco Polo a la China, único o principal conocimiento de una real y no fantástica o mítica alteridad sociocultural y fenotípica, el “mundo” se trataba del mundo del Mediterráneo, autocontenido. Serán importantes para producir un cambio en la perspectiva mediterránea las exploraciones del litoral occidental de África llevadas a cabo por navegantes portugueses en el siglo xv, la conquista del archipiélago canario por parte de España y de otros archipiélagos como el de la isla de Madeira, las Azores y Cabo Verde por los mismos portugueses y luego, principalmente, la conquista de América por parte de España, Portugal y otras potencias imperiales europeas como Inglaterra, Francia y Holanda.

La noción de “descubrimiento” de América resulta interesante porque designa un descubrirse Europa a sí misma al ver sus paradigmas y asunciones confrontadas con las realidades americanas (O’Gorman 1977). El verdadero “nuevo mundo” es la Europa que surge tras reconocer y conocer los mundos americanos. Otras consecuencias

importantes son, por supuesto, de carácter económico y de naturaleza política: la ampliación de los mercados y de la oferta y demanda de recursos y productos, entre ellos la esclavitud, y el surgimiento y consolidación de los estados-nacionales y los nuevos imperios sobre los que se basarán las potencias del siglo xx.

Entre las características que Eco atribuye al modelo medieval sobresalen la fragmentación del imperio como centro (“polo”) dominante, la fragmentación de los dominios lingüísticos de la Romanía y el surgimiento de las lenguas nacionales, la presencia de extranjeros (“bárbaros”, sin las connotaciones peyorativas del término en la actualidad con significados de violencia, primitivismo, etc.), la desintegración del ejército imperial y el surgimiento de fuerzas mercenarias locales dependientes de pequeños soberanos y terratenientes (señores feudales), la movilidad geográfica de la población inclusive en ámbitos no muy extensos, la visión localista y regional frente a la imperial y el papel de las creencias religiosas.

3. Miedos culturales: de la Edad Media a la actualidad

Georges Duby (1995) estableció un paralelismo entre los miedos que surgieron en Europa en torno al inicio del segundo milenio de la era cristiana y los que afloraron cuando se aproximaba el tercero, aún vigentes. Esos miedos son cinco: (i) el miedo a la miseria que incluye el temor al hambre y, por supuesto, a la pobreza y la vida precaria; (ii) el miedo a la epidemia tras tantas enfermedades que azotaron la sociedad de la alta Edad Media; (iii) el miedo a la violencia, que podía generar enfrentamientos y muertes y profundizar carencias y enfermedades; (iv) el miedo al Más Allá que se expresaba como angustia ante preguntas metafísicas sobre el sentido de la vida y la muerte; y, por último, (v) el miedo que sintetiza a los restantes: el miedo al otro, porque el otro podía ser causante de mayor pobreza y hambre, de enfermedades, de violencia y, eventualmente, podría causar más inseguridad al cuestionar creencias religiosas o ser portador de otras distintas.

El otro, sin embargo, es producto de una construcción social derivada del imaginario de un grupo. Se puede considerar distinto desde un vecino con costumbres diferentes y el habitante de una aldea cercana hasta personas provenientes de regiones remotas. La alteridad varía, en consecuencia, entre la *próxima* que se desdibuja o puede pasar desapercibida en la vida cotidiana hasta aquella más o menos *extrema* que marca diferencias perceptibles e inocultables. Se trata, pues, de una gradación más subjetiva que objetiva, porque la construye el sujeto receptor.

Esos miedos están presentes en la Europa actual, valga decir un continente que aún no olvida por completo los estragos de las guerras mundiales y las contiendas intestinas del siglo xx. Durante las últimas cinco décadas, tales miedos se han visto, además, potenciados por la creciente llegada de migrantes, sean provenientes de antiguas colonias (como en el caso de Francia, el Reino Unido y Portugal) o por la necesidad de mano de obra en sociedades con una drástica reducción de la tasa de natalidad y envejecimiento de la población económicamente activa (como en Alemania, Suecia y Noruega y más recientemente España), o bien de países pobres (pertenecientes a América Latina y África) o de países sometidos a guerras, pobreza e inestabilidad (como la Europa del Este, Siria y el medio Oriente) o incluso por razones de dinámicas demográficas y económicas (como el caso de China). Así, pues, tienden a repetirse el miedo a la precariedad y a la miseria; a enfermedades incontrolables (como hace unas décadas atrás el virus de inmunodeficiencia humana causante del Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida, con toda la carga peyorativa y de discriminación que ha supuesto, así como los prejuicios que lo acompañan, además de otras más antiguas como la malaria y los diferentes tipos de influenza y gripe hasta otros más recientes como el ébola, el Síndrome Respiratorio Agudo Grave y el coronavirus) y a la violencia que puedan desatar migrantes (como sucesos vistos en Francia, el Reino Unido y Alemania). El miedo al Más Allá se hace aún más complejo. Por un lado, el renacimiento de religiones y creencias

precristianas (como los cultos druidas, wiccas y neoceltas), el avance de las iglesias evangélicas y la llegada de migrantes islámicos, además de otras religiones como el budismo, el animismo y religiones amerindias y africanas y el espiritismo, el vudú y la santería. El miedo al otro se expresa, nuevamente, como síntesis de los miedos a la miseria, a la enfermedad, la violencia y al Más Allá. El otro como portador no solo de diferentes culturas y religiones, sino de enfermedades y violencia además de una competencia y, por tanto, amenaza en el mercado laboral y, por consiguiente, a los beneficios sociales. De allí que con frecuencia el otro sea caricaturizado, disminuido o despreciado, como consecuencia de actitudes y perspectivas etnocéntricas, coloniales e imperiales, como han señalado diversos autores (Said, 2013; Azrak, 2020; Preiswerk y Perrot, 1979; Wolf, 1987; Biord Castillo, 2016).

4. El difuso occidente cristiano

Europa y la civilización occidental constituyen una identidad cultural. Haciendo un gran sumario en el que muchos detalles quedan por fuera, en la Edad Media se logró conjugar en distinto grado aportes provenientes de tres grandes afluencias: la Antigüedad clásica ya decantada en Grecia, el mundo latino y las culturas prerromanas. No pueden olvidarse, aunque hayan tenido una menor influencia o sean menos visibles, los aportes judeo-islámicos. El cristianismo, previamente influido por sus raíces judías y la civilización greco-latina, lograría una síntesis de elementos tan importantes como la teología judía, la filosofía griega, el derecho romano y las artes greco-romanas que amalgamó, adaptándose y mezclándolas, con sus propias visiones teológicas, filosóficas, epistemológicas, axiológicas y socioeconómicas.

El resultado fue una civilización u horizonte civilizatorio que, debido posteriormente a ciertos fenómenos y eventos históricos como la creación de los estados-nacionales, el imperialismo, el mercantilismo y luego el capitalismo, la ilustración y el enciclopedismo y más tarde el maquinismo y la revolución industrial (aunque estos últimos

corresponden a una fase relativamente tardía), se impuso como cosmovisión y modo de vida en el llamado Hemisferio Occidental.

Se puede incluso establecer una cronología usando un esquema dialéctico con tres etapas: formativa, clásica y posclásica, al término de la cual se generaría la decadencia que, a su vez, actuando como antítesis, daría inicio al surgimiento de una nueva tesis (formativo).

Cuadro I. Cronología de la civilización occidental

Fase	Inicio (siglos)	Evento	Conclusión (siglos)	Evento
Preclásica	IV	Caída Imperio Romano Occidente	XII	Surgimiento universidades
Clásica	XII	Surgimiento universidades	XVII	Expansión imperial
Posclásica	XVII	Expansión imperial	XX	Fin del imperialismo
Decadencia	XX	Crisis de Europa	...	

Desde la caída del Imperio Romano de Occidente en el siglo IV hasta el surgimiento de las universidades en el siglo XII se habría vivido el período preclásico o formativo. El apogeo se alcanzaría con el surgimiento de las universidades, como altos centros del pensamiento y la transmisión del conocimiento, desde el siglo XII hasta fines del siglo XVI y principios del XVII, ya consolidada la expansión imperial de Europa hacia América (principalmente de España y Portugal). Entonces comenzaría el posclásico hasta la II Guerra Mundial, tras la cual habría comenzado la decadencia y se habría empezado a incubar un nuevo horizonte civilizatorio o complejo de formaciones ideológico-político-socioeconómicas que se corresponde con las grandes crisis descritas para el siglo XX y que continúan en el XXI. Es discutible, por supuesto,

postular el inicio de las conflagraciones mundiales del siglo xx como fin del posclásico o si ello ocurrió antes.

Debido a los progresos alcanzados por la navegación que posibilitaron las exploraciones del África occidental y la conquista de archipiélagos del océano Atlántico y luego el continente americano, Europa expande su horizonte civilizatorio hacia los lugares mencionados y, luego, a Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y algunas posesiones en África y Asia. Fundamentalmente, en América Latina se generó una pretendida extensión, una cultura de enclaves, trasplantada, de la llamada civilización occidental. En especial, en América Latina emergió entre las elites dominantes una identificación ideologizada con la cultura occidental, invocada como identidad y consciencia occidental que actúa como una racionalización y una justificación de modelos impuestos. Ello se manifiesta ya en las corrientes ideológicas dominantes en la independencia política de España y en la construcción jurídico-institucional de las nuevas repúblicas.

Sin embargo, tal identidad no es plenamente occidental y de allí las contradicciones de muchos países latinoamericanos. Puede entenderse, más bien, como un falso Occidente en el sentido de su concreción fragmentaria o su carácter doblemente sincrético. El sincretismo primario es el propio de la civilización occidental desarrollada en Europa y el secundario su concreción local o regional en América, para restringirnos al caso latinoamericano. Ese falso Occidente también puede describirse como un pseudo-Occidente, por parcial y marginal.²

5. Evidencias

Una mirada diacrónica permite señalar que la crisis de la civilización occidental se empezó a evidenciar, en fenómenos y eventos que, mediante un abordaje sincrónico, podían interpretarse como aislados y no necesariamente como expresiones de una totalidad

inclusiva. Un desequilibrio de esa magnitud es difícil de aprehender en su totalidad sin un distanciamiento analítico que permita relacionar hechos aparentemente no conectados o cuyo impacto social ofusca y confunde, con lo cual se carece de la suficiente objetividad y adecuada perspectiva para interpretarlos como efervescencia de expresiones de una situación sistémica. Tres eventos ocurridos antes de 1975 son susceptibles de ser analizados casi medio siglo después de esta última fecha no únicamente como acontecimientos coyunturales, sino más bien como indicios de desajustes estructurales propios de un período de decadencia. Veámoslos de manera sucinta:

a) Las transformaciones e inestabilidades políticas ocurridas desde antes de la Primera Guerra Mundial y que se extienden al período de entreguerras y a la posguerra. Las revoluciones mexicana y bolchevique sucedieron ambas en los márgenes del sistema occidental, pero evidencian su crisis: la imposición de sus premisas y modelos y la precedente desatención de las realidades profundas en los países afectados por los regímenes caídos. También se pueden citar la sustitución de las monarquías; los intentos de restaurarlas exitosos o no (Grecia, Bulgaria, España); las guerras mismas; el nazismo, el antisemitismo y el holocausto; el fascismo italiano; la República española, la Guerra Civil y el franquismo; la instauración de los regímenes comunistas; la división, anexión o unión forzada de países; la tensión este-oeste en Europa, la Guerra Fría y la fuerza de la Cortina de Hierro, cuyo terrible emblema fue el Muro de Berlín y, finalmente, el fracaso del socialismo real, las reacciones posteriores a la caída de la URSS, el debilitamiento y desaparición del Pacto de Varsovia y la reinstauración del ideal europeo en muchas de las exrepúblicas comunistas.

b) Los cambios ideológicos e institucionales de la década de 1960, incluida por su magnitud y sus efectos, la actualización de la Iglesia católica gracias al Concilio Vaticano II, convocado por el papa San Juan XXIII; las protestas juveniles y estudiantiles, incluido el aspecto

musical, así como (especialmente en los Estados Unidos y otros países de mayorías protestantes) las búsquedas espirituales, sobre todo en las religiones y tradiciones orientales.

c) La percepción de un cambio que se fue acentuando a partir de la década de 1950: la posmodernidad como fin de la llamada Época Moderna y los gérmenes de cambio que traía, coincidiendo con las transformaciones ya citadas; y, para quienes no solo gustan sino que respetan, las percepciones extrasensoriales la discusión sobre el inicio de la Era de Acuario y los cambios que generaría en la consciencias individuales, pero también en la colectiva.

Estos eventos mostraban una época de agitación y cambio que precede al momento actual. En el presente, quiere decir a inicios de la tercera década del siglo XXI, en un mundo sacudido por la amarga experiencia del nuevo coronavirus (Biod Castillo, 2020), con una mirada etnográfica sobre las realidades europeas se pueden identificar los siguientes fenómenos:

1º) Crisis del proyecto europeo común. A finales del siglo XX la Unión Europea lucía como un bloque muy sólido y de difíciles, si no imposibles, posibilidades de resquebrajarse. Ello se evidenciaba por tres hechos que se complementaban mutuamente: (i) el lento proceso de maduración y consolidación de los acuerdos de integración económica, (ii) la estructura de unión política adoptaba y, no menos importante, (iii) el terrible y aún vivo recuerdo de la destrucción ocasionada por las guerras, las penurias económicas y las dificultades vividas durante la Guerra Fría y los años de controles estatales excesivos en los regímenes comunistas. Sin embargo, la molestia comenzó con el Reino Unido, una de las potencias europeas, integrante junto con Alemania e Italia del Grupo de los 7 que forman las principales economías del mundo. Dicho malestar llevó a que el Reino Unido no adoptara el euro como moneda única y, finalmente, un controvertido proceso de separación de la Unión Europea, cuyas consecuencias para el Reino Unido aún resulta muy temprano para ponderar.

2º) Crisis de los sistemas políticos. Así como hay una crisis del sistema en su conjunto, muchos países empiezan a mostrar signos de problemas internos, ya sea por razones políticas como España e Italia, o por causas sociales como Francia o por la situación económica, como Grecia que ha tenido que ser auxiliada financieramente. Esta situación de crisis económica, sin embargo, también empieza a afectar a otros países, igual que la de naturaleza política, como a Polonia.

3º) Restauración de lo nacional. En varios países europeos se observa un resurgir del nacionalismo, las identidades regionales y las lenguas propias. En distintos grados, España (en especial con Cataluña y Euskadi o País Vasco) y el Reino Unido (principalmente con Escocia) han experimentado fuertes tensiones en los últimos años. Incluso en Escocia y Cataluña se han realizado referendos consultivos sobre la independencia. Es probable que esta tendencia continúe aumentando en las próximas décadas.

4º) Llegada de inmigrantes. Las grandes diferencias entre las economías y los modos de vida de los países europeos con respecto a países muy pobres de África, América Latina y el Cercano Oriente, unidos en estos casos a la fuerte inestabilidad de muchos de esos países, han propiciado una creciente emigración hacia distintos países de Europa. Estas migraciones, a veces provenientes de antiguas colonias y de territorios recientemente descolonizados, por un lado han contribuido a equilibrar tendencias demográficas caracterizadas por la ocurrencia de bajas tasas de natalidad, a repoblar especialmente predios rurales y a dinamizar economías con fuerte necesidad de mano de obra no calificada o incluso calificada, pero al mismo tiempo han comenzado no solo a generar mayores cargas en el gasto público, sino progresivamente a cambiar el rostro y el fenotipo de Europa, que ha pasado a vivir situaciones muy comunes en sus antiguas colonias, pero poco frecuentes dentro de sus propias fronteras.

5º) Miedos medievales. La inestabilidad económica y política, aunada a la llegada de inmigrantes, ha reavivado los antiguos miedos

experimentados por sociedades europeas al término del primer milenio después de Cristo, como ha señalado Duby (1995). Esos miedos, ya mencionados, se sintetizan en el miedo al otro como portador de enfermedades y culturas distintas y posible causa de la disminución de los niveles de vida y de la ocurrencia de situaciones de precariado.

6º) Desencanto de jóvenes europeos. En parte fundado por esos miedos colectivos, en parte por el ansia de aventura y de la posibilidad de vivir en ámbitos menos urbanizados, en territorios alejados de la cotidianidad industrial, se ha empezado a dar con gran fuerza una actitud de desencanto entre muchos jóvenes europeos que prefieren ir a vivir a otros países y, muy especialmente, a países pobres y con gran diversidad biológica. Ello contrasta con la actitud de la población joven de esos países que prefiere ir a vivir a Europa, sea por motivos laborales y económicos, de seguridad ampliamente entendida o de realización personal (en especial los provenientes de países con severas limitaciones de tipo político, religioso o de género y respeto a la orientación sexual).

7º) Efervescencia religiosa. Esto se puede documentar, por una parte, en el renacimiento de creencias, antiguas religiones o tradiciones espirituales, como la magia, el neopaganismo, la wicca, los druidas, religiones neo-celtas; así como en la crisis religiosa de la Iglesia católica y de las iglesias protestantes históricas, la llegada de sectas evangélicas y la introducción del islam en Europa.

8º) La emergencia de potencias no occidentales. Cada vez han ido surgiendo y consolidando su liderazgo países como China y Rusia, que está a medio camino entre Occidente y Oriente, así como Turquía, Irán, India, el mundo árabe, Corea del Norte e incluso Nigeria. Se trata de países no occidentales que pudieran jugar un liderazgo no solo económico, sino también geopolítico e incluso cultural y religioso cada vez mayor en un mundo multipolar.

6. *Discusión*

Las transformaciones e inestabilidades políticas ocurridas desde antes de la Primera Guerra Mundial, los cambios ideológicos e institucionales de la década de 1960 y la percepción de un cambio que se fue acentuando a partir de la década de 1950 presagiaban una situación muy particular que hoy pudiéramos interpretar como el fin de la época posclásica y el inicio de la decadencia de la civilización occidental.

La evidencia presentada puede interpretarse a la luz de la hipótesis de la Edad Media, propuesta por Eco (1974), al sugerir indicios de que Europa se acercaba a una nueva Edad Media, no porque se acercara un tiempo igual al medioevo sino porque había rasgos estructurales que podían entenderse como comunes a su idea de la Edad Media como transición histórica. Resulta obvio que la fragmentación del imperio, entiéndase un posible resquebrajamiento de ese gran proyecto de integración no solo económica sino también política que es la Unión Europea, podría interpretarse, si tal ocurriese, como síntoma de la crisis interna de las unidades que lo conforman: los países asumidos como estados nacionales a partir de la ilusión de su unicidad sociocultural y lingüística (Anderson 1997).

Esa tensión, entre el todo y las partes que lo integran, se relaciona con una especie de frustración social que se manifiesta en una inconformidad con el sentimiento de despersonalización colectiva que, como el proceso de globalización en un ámbito mayor, supone, entre otras actitudes, renunciar, sublimar, disminuir o desenfatar identidades, representaciones y culturas locales e incluso intermedias (es decir, de países). Si esta asunción resultara cierta, pudiéramos esperar en el futuro la ocurrencia de nuevas tensiones y movimientos separatistas.

La salida de los países del bloque regional que los unifica pudiera estar seguido de movimientos autonómicos e independentistas como Cataluña de España y Escocia del Reino Unido, ya fuera de la Unión Europea, aunque la propaganda separatista escocesa reivindica su vocación europea y la permanencia en el grupo. También pudiera profundizarse

el deseo independentista de Euskadi de España y Francia y de las Islas Canarias de España, además del norte de Italia y otros más, especialmente, en lo que en tiempos de la Guerra Fría, fue la Europa del Este. La desintegración de Checoslovaquia y en especial de Yugoslavia parecería no haber concluido aún, como lo muestra el caso de Macedonia del Norte. Todo ello sería expresión de sentimientos nacionalistas emergentes, pero no en el sentido de los estados-nacionales sino de identidades y culturas regionales y locales, más próximas a la verdadera idea de nación.

En este contexto, no sería de extrañar la emergencia de los miedos culturales, como lo ha señalado DUBY (1995), que coincide además con la creciente llegada de inmigrantes subsaharianos, islámicos y latinoamericanos. Todos ellos constituyen una alteridad, un otro percibido como amenaza a la supuesta homogeneidad cultural (quizá, en realidad, un horizonte civilizatorio con semejantes matrices culturales) y el estado de bienestar. En otras palabras, serían una amenaza para la seguridad, tanto social como personal, ampliamente entendidas, y las certezas y fortalezas culturales de Europa. Nuevamente, emerge la consciencia, tal vez, latente y contradictoria con otras actitudes, de un horizonte civilizatorio común, el occidental.

Un caso interesante lo constituye el desencanto de muchas personas, especialmente jóvenes, que ante las difíciles situaciones económicas y laborales, pero sobre todo debido a un cansancio o hastío cultural, buscan nuevos espacios en otros continentes, en especial en lugares menos urbanizados e industrializados. Esta huida cultural contrasta con la llegada de los migrantes a Europa en busca de mejores condiciones de vida, apertura política, pluralismo ideológico y no criminalización de diferencias. Aunque cuantitativamente son fenómenos dispares y en extremo difíciles de comparar, no deja de ser significativo que quienes conocen el sistema desde dentro sientan la tentación de establecerse en otros lugares, y quienes lo conocen solo de manera superficial se vean atraídos, cuando no compelidos, a vivir en él, aunque sea como escape de situaciones complejas en sus propios países de origen.

Finalmente, las dinámicas sociorreligiosas, sea como recuperación de antiguas creencias, rituales y religiones, o la introducción de otras nuevas, junto a la disminución de fieles de las iglesias cristianas históricas, parecen evidenciar un sustrato en movimiento. Quizá todo ello esté relacionado con el hecho de no haberse aprobado la inclusión de una mención a los orígenes cristianos de Europa (en este caso, de la civilización occidental) en el preámbulo del proyecto de constitución europea, sobre la que tampoco hubo consenso entre las partes. Esto pudiera mostrar un horror por la historia, por la historia oficial, y los proyectos dominantes.

El mismo hecho de la drástica reducción de las tasas de natalidad en varios países europeos, tanto nórdicos como mediterráneos, pudiera estar correlacionado con la incertidumbre que subyace a esa inseguridad derivada de un cuestionamiento del pasado, pero también del futuro, del proyecto civilizatorio europeo. A ello se suman los sentimientos de las cada vez mayores dificultades de subsistencia y los requerimientos, las presiones socioeconómicas, de los modos de vida de la sociedad industrial, su deshumanización, junto a un superindividualismo y el hedonismo como posibles valores emergentes en la decadencia de la civilización occidental.

7. Conclusiones

La idea de Eco (1974) de una nueva Edad Media, entendida como hipótesis de transición, de fin de una época e inicio de otra parece cada vez más acertada. La época que finaliza se caracteriza, entre otros rasgos, por una gran seguridad y un dominio de los recursos culturales que posibilitaron el advenimiento de un horizonte civilizatorio, con luces y sombras, como todo proyecto humano, y una identidad basada en el manejo de dichos recursos, una identidad inicialmente en sí y luego también para sí. La época que empieza a emerger muestra el resquebrajamiento de antiguos valores y, sobre todo, un desplazamiento

de ese centro irradiador de la identidad occidental y la fuerza derivada de la identificación con sus recursos culturales.

La creciente presencia de migrantes en Europa pudiera contribuir, en unas generaciones más, al desplazamiento de la identidad derivada de la tradición. Ello se sumaría a otros fenómenos con efectos centrífugos que debilitarían aún más la cohesión de la civilización occidental. Potencias emergentes con fortalezas en distintos campos, como China, Rusia, India, Turquía e Irán, pudieran contribuir a ese resquebrajamiento, habida cuenta además de la reflexión pendiente de establecer hasta qué punto los Estados Unidos (Toro Hardy, 2020) y América Latina participan en esa unicidad de pensamiento y modos de vida occidentales. En el caso de América Latina parecería ser principalmente una ilusión de las elites dominantes, en especial en el campo intelectual, y de allí las contradicciones políticas que como una carrera de obstáculos, entre avances y retrocesos, ha librado desde las independencias de los distintos países y en especial en los últimos cien años. Cabría preguntarse, desde esta perspectiva, si ese falso Occidente como interpretación de las realidades sociales no les subyace al porfiriato y a la Revolución mexicana y sus desarrollos posteriores hasta el presente, así como a la inestabilidad de muchos países latinoamericanos, tanto en Suramérica como en Centroamérica.

El hecho de que el actual alcalde de Londres sea islámico y de que la princesa de Gales hubiera podido convertirse al islamismo, tras considerar su ingreso a la Iglesia católica, no son hechos desconectados de un panorama más amplio. El reciente cambio de uso de la mezquita de Santa Sofía en Estambul y de otros templos históricos en Turquía, quizá, preludien los tiempos por venir. Mientras tanto, la invitación del papa Francisco, en la encíclica *Laudato Si*, a reconsiderar la relación de católicos y hombres y mujeres de buena voluntad con la naturaleza puede servir de marco para entender que los cimientos de Occidente pudieran efectivamente estar sacudiéndose.

Estamos en un “mundo”, es decir, dentro de un modo de vida, orientado por las visiones euro-occidentales, que se empieza a desvanecer. Si colocamos ese posible desvanecimiento como marco, podemos entender de manera más amplia lo que está sucediendo en Europa y sus alrededores y lo que sucede en los EE. UU. y en casi toda América Latina. Aquí llega el ramalazo de la crisis porque las elites intelectuales latinoamericanas se han sentido plenamente occidentales cuando apenas nuestros países lo son en parte y solo en parte. De allí el reiterado fracaso de proponer modelos políticos y supuestas soluciones para lo que imaginamos a partir de evidencias fragmentarias y sesgadas y no desde las realidades concretas. A estas se les tiende a restar visibilidad por contradecir la asunción de la “occidentalidad” plena, en contraste con lo que pudiéramos describir como una “pseudo-occidentalidad”, un Occidente parcial o, todo caso, parte del falso Occidente que Europa quiso que fuéramos como efecto y justificación de la colonialidad.

En síntesis, mi hipótesis, inspirada en la de Eco (1974), se resume en postular que el mundo “occidental” parece haber entrado en una fase de decadencia, tras agotarse su época posclásica. Como en una dinámica dialéctica, podría surgir un nuevo modelo cuya concreción será parte del porvenir. Dado que se trata de fenómenos cuya cristalización requiere de un tiempo largo, no es factible establecer realmente cómo será ese nuevo modelo y cuánto afectará al centro de la civilización occidental (Europa) y a las llamadas periferias, como América Latina.

8. Notas

¹ Ver las reflexiones de Wolf (1987), Pandian (1985) y Preisswerk y Perrot (1979).

² Ver las reflexiones que sobre ello plantea Dussel (1994).

Bibliohemerografía

ANDERSON, Benedict (1997). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica (Colección Popular, 498) (1.ª reimp. de la 1.ª ed. en español de la 2.ª en inglés).

- AZRAK, Samir (2020). "Orientalismo y occidentalismo". *El Nacional* (Caracas) junio, 15. URL: <https://www.elnacional.com/opinion/orientalismo-y-occidentalismo/>.
- BIOD CASTILLO, Horacio (2016). "Caricaturas frente al espejo: El Occidente de *Charlie Hebdo* ante la Universalización". *Bacoa*. Revista Interdisciplinaria en Ciencias y Artes (Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda. Coro, estado Falcón), núm. 10, pp. 60-85. Disponible en <https://docplayer.es/88866519-Bacoa-revista-interdisciplinaria-de-ciencias-y-artes-4-bacoa-director-editor-camilo-moron-universidad-nacional-experimental-francisco-de-miranda.html>
- BIOD CASTILLO, Horacio (2020). "Crisis, centros y periferias de Occidente". *Reporte Católico Laico* (Caracas) septiembre, 30. URL: <https://reportecaticolaico.com/2020/09/crisis-centros-y-periferias-de-occidente/>.
- DUBY, Georges (1995). *Año 1000, año 2000: la huella de nuestros miedos*. Barcelona: Editorial Andrés Bello.
- DUSSEL, Enrique. 1994. 1492. *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del "mito de la Modernidad"*. La Paz: Plural Editores y Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Mayor de San Andrés (Colección Academia, núm. 1).
- ECO, Humberto (1974). La Edad Media ha comenzado ya. En Umberto Eco (coord.): *La nueva Edad Media*. Madrid: Alianza (El Libro de Bolsillo, 5224, Sección Humanidades), pp. 9-36.
- FUKUYAMA, Francis (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Bogotá: Planeta.
- HUNTINGTON, Samuel P. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.
- O'GORMAN, Edmundo (1977) [1958]. *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*. México: Fondo de Cultura Económica (Colección Tierra Firme) (2.ª ed.).
- PANDIAN, J. (1985). *Anthropology and the western tradition: toward an authentic anthropology*. Prospect Heights: Waveland Press.
- PREISWERK, Roy y PERROT, Dominique (1979). *Etnocentrismo e historia (América indígena, África y Asia en la visión distorsionada de la cultura occidental)*. México: Nueva Imagen (Serie Interétnica).
- RIBEIRO, Darcy (1973). *El proceso civilizatorio. Etapas de la evolución socio-cultural*. Caracas: Universidad Central de Venezuela (Ediciones de la Biblioteca, Colección Temas, 36).
- SAID, Edward W. (2013) [1978]. *Orientalismo*. Editorial Debolsillo.
- TORO HARDY, Alfredo (2020). "Estados Unidos, nación fracturada". *El Universal* (Caracas), julio 29. URL: <https://www.eluniversal.com/el-universal/76701/estados-unidos-nacion-fracturada>.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1979). *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- WOLF, Eric R. (1987). *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica (Sección de Obras de Historia).